

El testimonio en Colombia: una mirada desde la Filosofía¹

Alberto Antonio Verón²

Planteamiento del problema

¿Qué idea de víctima de la violencia se ha construido en Colombia? ¿Aporta la figura de la víctima a la construcción de Estado-Nación? ¿De qué manera los ecos de la Teoría Crítica pueden iluminar para la filosofía un ámbito como el género testimonial acerca de la violencia?

El siguiente trabajo, pretende mostrar un segmento de la violencia colombiana desde la perspectiva filosófica de la memoria. El testimonio de los militantes de una izquierda violentamente perseguida durante los años ochenta o los políticos y militares secuestrados en la selva por el movimiento guerrillero, ponen al orden del día la discusión sobre la manera que una sociedad así como el peso que tiene esa memoria, en el momento de definir sus identidades.

El material de trabajo que se usó en esta investigación han sido los libros testimoniales producidos en Colombia desde el año de 1985 fecha emblemática para la historia reciente del país, pues en esa fecha se realizó la toma del Palacio de Justicia, sede de las altas cortes, por parte del movimiento guerrillero M-19 así como la posterior recuperación violenta de este, por parte de las Fuerzas militares del estado.

La pregunta de la que partimos, fue ¿porqué ha venido apareciendo un periodo donde la palabra víctima ha cobrado una mayor relevancia? Nos preguntamos entonces porqué o cual ha sido el interés por parte del Estado al darle un reconocimiento a la expresión víctima. ¿Era que en esto existía una intención, o el deseo de subrayar una víctima en particular? A lo que llegamos en nuestra investigación, fue detectar a través de la lectura del libro testimonial, la existencia de ámbitos discursivos, que diferencian a cada una de las víctimas generadas por la violencia y como desde cada una de estas víctimas, se constituye una idea de Estado y de Nación.

¹ Esta ponencia se origina en el proyecto CIE 4-10-1, adscrito a la vicerrectoría de investigaciones de la Universidad Tecnológica de Pereira. El proyecto llevó como nombre: La víctima como problema filosófico a través de los textos testimoniales, narrativos y de la prensa nacional colombiana desde mediados de la década de los años ochenta del siglo XX hasta hoy. El proyecto fue desarrollado por el grupo de investigación “Filosofía y Memoria”, adscrito a la Facultad de Educación.

² Profesor titular Universidad Tecnológica de Pereira. Candidato a Doctor de la Universidad Pablo Olavide de Sevilla. DEA en Filosofía UNED de Madrid, Máster propio de Historia de América Latina UPO de Sevilla. Ha participado del seminario “La filosofía del Holocausto”, CSIC, Instituto de Filosofía. Coordina el grupo de investigación “Filosofía y Memoria”, UTP, Colombia.

Desarrollo del problema

La víctima

A lo largo de sesenta años (1950-2010) la sociedad colombiana ha producido una cantidad monstruosa de víctimas de la violencia. Víctimas reducidas al “puro cuerpo” al ser marcadas por el dolor hasta la muerte sobre sus carnes, o al ser obligadas a huir de sus lugares de origen, comunidad o trabajo. Esa víctimas no tuvieron la importancia que sí les fue otorgada a los victimarios: “chulavita”, “colono”, “paramilitar”, “narcotraficante”, “guerrillero”, “sicario. Fascinados ante el horror producido por estos y su capacidad de hacer el mal, las víctimas han permanecido en la penumbra. Las víctimas, como un sector de la sociedad que luchan y que en esa medida se convierten en sujetos del conocimiento histórico, son un tema reciente para explicar la creciente importancia de la idea de nacionalidad y de su relación con el Estado. En la actualidad resulta difícil pensar la constitución de estado-nación sin valorar las víctimas que esto ha costado. La imagen de nuestros abuelos perseguidos en las áreas rurales colombianas a mediados del siglo XX, o de nuestros contemporáneos, amigos, colegas asesinados por estar en el territorio del conflicto debería ocupar un lugar privilegiado a la hora de pensar el concepto de nación.

Olvido y Memoria

El olvido ha sido una de las estrategias por medio de la que las élites latinoamericanas han mantenido las condiciones de injusticia para vastos sectores de excluidos. De allí que, luchar contra el olvido de las injusticias, sea una de las tareas que tiene una filosofía después del Holocausto³ en América Latina. La filosofía después de Auschwitz es una corriente del pensamiento que nace posterior al fin de la II Guerra Mundial; más motivada por el reto que tiene el pensamiento, de superar las consecuencias de la barbarie, producida por una razón de tipo totalitario. Si el nuevo imperativo categórico propuesto por Teodoro Adorno, planteaba la lucha contra el olvido

Frente al hechizo de lo totalitario Adorno propone un nuevo imperativo categórico centrado en la recordación para que el horror de la guerra y de la injusticia no se repita. Esa presencia de la barbarie manifiesta como totalitarismo al interior mismo de la razón tuvo un eco particular al interior de la filosofía española más reciente, y de allí ha tenido una continuidad en las sociedades latinoamericanas.

3 Mauricio Pilatowsky <http://mauriciopilatowsky.blogspot.com/2008/09/la-filosofa-despus-de-auschwitz-en.html>

En la recuperación de los olvidos de nuestra historia Colombia ha sido caso ejemplar de esa amnesia. Sucesivas guerras civiles y diversas formas de violencia contra la población parecieran ser vistas sin continuidad y conexión, como si las unas nada tuvieran que ver con las otras. Mientras otras sociedades hacen suyos acontecimientos que tuvieron lugar sesenta u ochenta años atrás – no sin cuestionamientos está el caso argentino- los colombianos olvidamos la feroz eliminación de la vida de la población, una inquietante tendencia a echar página atrás que Gabriel García Márquez destaca a propósito de los pobladores de Macondo. La condición proclive al olvido, ha sido recurrente en un territorio donde la experiencia del mestizaje pareciera no reconocerse en esos pueblos que están a la base de ese proceso: el indígena y el negro. La no identificación con estos dos últimos, sumada a la búsqueda de un parecido con el otro “blanco” ha generado una cultura de la negación, una negación que se ha expresado en una violencia que ha tenido precisamente en la población más pobre, su principal víctima.

A pesar de los esfuerzos de la constitución de 1991 -producida en uno de los momentos más álgidos de la violencia reciente- por hacer un reconocimiento a la diversidad de culturas presentes en la nación colombiana, lo cierto es que esa población, históricamente signada por una mayor marginación, son los que han padecido de manera más enérgica ese mal endémico.

Antes de esa constitución, dominó todavía la constitución de 1886 fruto del movimiento político conocido por la Regeneración, cuyos lemas principales eran una sola religión, una sola raza como expresión del monocultivo político que necesito frenar la pugna de regiones, de ejércitos privados, de intereses.

La reciente importancia de la palabra Memoria en determinados círculos, ha sido posterior a la preeminencia del olvido; una metáfora que bien puede explicar la capacidad de los colombianos para haber sostenido por décadas una desafección creciente con su pasado, una capacidad de aceptación de altas dosis de violencia sin que asocien o vinculen las violencias de su presente, con esas violencias no dolidas ni curadas del pasado.

De allí que la pregunta ¿Puede, una filosofía como la del Holocausto, aportarnos elementos ético-políticos, en la comprensión y en la superación de la idea de violencia presente en la sociedad colombiana?, sea a su vez el punto desde el cual se lea un problema que hace emergencia en las ciencias sociales colombianas: “La víctima como problema filosófico a la luz de los textos testimoniales”.

El Holocausto y las víctimas se han buscado, pues de hecho la palabra hace referencia al sacrificio al que fueron sometidos millones de seres humanos durante la II Guerra Mundial. En América Latina el

tiempo de ese sacrificio no se ha cerrado, en cuanto los focos de la violencia han continuado abiertos: hace quinientos años la Conquista hoy los millares de personas que son consumidas en los territorios globales de la migración, en los nuevos escenarios de las industrias neoliberales que son las maquilas donde se consume la vida de los trabajadores del tercer mundo o en las batallas locales en las calles y en las periferias de las ciudades mejicanas o colombianas a nombre del narcotráfico.

No es fácil un acercamiento al tema de la presencia de la víctima de la violencia bajo las coordenadas de la Memoria en Colombia, en cuanto las Ciencias Sociales han abordado el asunto colombiano de manera bastante amplia, mientras que la filosofía de manera mínima ha abordado el tema.

4

La opresión fue una categoría que en el marxismo clásico contó con una gran discusión. La historia de la opresión de una clase por otra, de un país por otro, de una religión por otra. Pero ¿la historia de la victimización? Dejar de ser oprimido hizo parte del repertorio era el reto final de la emancipación política propuesta por el materialismo histórico, era el gran reto del relato revolucionario. De hecho, la configuración de la tradición política revolucionaria y su concreción en la figura del llamado *militante*, se hicieron a nombre de la lucha contra la opresión y la explotación. Eso hacía del oprimido en la dialéctica de los términos, una categoría que a pesar de su aparente negatividad podría conducir a la positivización. Pero la víctima ¿en qué relato filosófico puede ubicarse? ¿a partir de ella se puede levantar una propuesta de sociedad distinta?

Con la caída del socialismo de Estado, el *oprimido* pareció perder en el panorama de las naciones capitalistas, el encanto revolucionario que tuvo por décadas. La palabra entró en el invernadero o sino en el museo lexical, como si las causas de la opresión hubiesen cambiado. Lo que quiero señalar acá, es que una memoria de las víctimas de la violencia política que ha vivido Colombia, especialmente en el periodo que data de los años ochenta, no puede entenderse al margen del auge y derrumbe de las utopías socialistas, así como de su envenenamiento entre el más fanático liberalismo de mercado con su concepción de progreso y la violencia presente en el fenómeno de las mafias

También a partir del uso de la palabra *víctima* se augura el paso del oprimido, entendido como víctima de unas relaciones económicas de producción injustas, a una víctima que emerge de la cultura de los derechos humanos, del nihilismo de la civilización occidental y su idea de progreso, o

4 El presente informe hace parte del trabajo “*La víctima como problema filosófico, a la luz de los textos testimoniales*”, trabajo presentado para la vicerrectoría de investigaciones de la Universidad Tecnológica de Pereira y en el cual han estado vinculados mis estudiantes Marión Benavides, Raúl Gutiérrez y Líber Álvarez.

como resultado de la destrucción de la naturaleza etc., etc. Es mucha la tela para cortar sobre los efectos de la palabra, pero lo cierto es que en el caso colombiano, el tema ha signado el tono de los debates acerca de qué hacer con esa “papa caliente” que es la memoria y su relación con la política y la economía.

La reflexión acerca de la violencia tiene, en *Para una crítica de la violencia*⁵, un momento significativo en la historia del siglo XX, una significación que, trasciende el ámbito de la Europa de entreguerras. Interrogantes acerca de si la violencia es un medio para alcanzar fines justos o un fin en sí mismo. O si la violencia en determinados momentos cuenta con un carácter ético para instaurar o mantener un determinado estado de cosas (el carácter legítimo o ilegítimo de estas) lleva a una génesis de la violencia en la historia nacional colombiana: la legitimidad de la democracia durante sesenta años, la violencia ejercida por individuos u organizaciones no estatales a nombre de determinados fines (bandolerismo, organizaciones guerrilleras, grupos paramilitares)

Está también en juego la relación entre violencia y derecho, la violencia osificada y contenida en la organización jurídico legal de la nación colombiana; una osificación que ha incluido y excluido toda una serie de grupos y de intereses. Por eso Colombia en sus particularidades ha sido un laboratorio para reflexionar acerca de la violencia, debido a la manera estructural que esta se ha articulado a nuestra historia.

Las crónicas y reportajes de Alfredo Molano, Germán Castro Caicedo y Arturo Álape ofrecerán una mirada narrativa, articularán en relatos, las voces de indígenas, campesinos desplazados por el negocio de las drogas o recogerán las voces de quienes experimentaron la violencia de los años cincuenta en Colombia. Estos autores serán los grandes referentes del posterior estallido de relatos acerca de los asesinatos selectivos contra grupos sindicales, o políticos, o comunitarios, o étnicos que aparecerán en la primera década del siglo XXI en un momento donde se habla en distintos lugares del planeta de palabras como memoria y víctimas. La aparición de la perspectiva de la *víctima* y la *memoria* tendrá que esperar hasta las discusiones sobre la ley de reparación y justicia, así como el progresivo esclarecimiento de las conductas de los grupos armados especialmente paramilitares y Estado frente a la población civil.

5 Benjamin, Walter, 1991 *Para una crítica de la violencia y otros ensayos, Iluminaciones IV* (Madrid: Taurus Humanidades)

Para fundar una nación ¿se necesita *olvidar* lo que ese ideal incluyó y excluyó? La nación colombiana no se ha podido terminar de construir. La exclusión de amplios sectores de la población durante el siglo XIX y el siglo XX (población negra e indígena), la tendencia histórica a la concentración de la tierra en pocas manos, la dificultad en el acceso a niveles superiores de educación, lo intrincado de una geografía donde en pleno siglo XXI existen poblaciones a las que apenas se llega en chalupas o en pequeños aviones, la diversidad profunda de las mismas regiones del país, las consecuencias negativas que tuvo el modelo de gobierno bipartidista (partidos liberal y conservador) que emergió como solución a la violencia de la mitad del siglo XX y que degeneró en un sistema corrupto, la continuidad de guerras civiles que desde el siglo XIX han dejado gran cantidad de víctimas, algunas amnistías y una rápida capacidad de regeneración y continuación del conflicto, sumado a la aparición y entronización como modelo productivo de la economía del narcotráfico, bosquejan en cortos brochazos la génesis de una sociedad donde los esfuerzos de modernidad de sus élites chocan con las consecuencias del panorama citado anteriormente. ¿Pero cómo ha sido contada esa prolongada saga de violencia? ¿qué lugar tienen allí las víctimas, su memoria y su testimonio? y sobre todo ¿qué consideraciones podemos hacer desde nuestro trabajo como filósofos?⁶ La violencia reflexionada en Colombia no es de cualquier tipo, sino que son una serie de violencias difusas. A su vez lo que se conoce como la violencia en Colombia cuenta con una notable tradición historiográfica producida fundamentalmente desde las ciencias sociales y muy poco desde la filosofía⁷.

El tránsito de una perspectiva *explicativa* de la violencia en Colombia a través de las ciencias sociales y la filosofía hasta llegar a una perspectiva narrativa, ha sido un asunto atravesado por fenómenos recientes como son la aparición, cada vez más consistente, de la figura del campesino desplazado, del ciudadano desaparecido, del político y militar secuestrado y puesto durante años como materia de intercambio por prisioneros de guerra; el militante de la Unión Patriótica, el líder o el simpatizante de algún movimiento social. Todas estas experiencias se han agrupado bajo el nombre general de víctimas. Uno de los mayores problemas puede ser la homogenización que el término implica, pues cada una de esas personas llega a la vorágine del conflicto por situaciones distintas: la institución o la política que representan (Estado, ejército, movimientos de izquierda) o por encontrarse en medio de territorios reducidos a zonas de intereses económicos y estratégicos para la guerra (campesinos desplazados, el mayor número de personas víctimas del conflicto colombiano).

La perspectiva de la memoria tiene también toda una historia en cuanto los archivos que se han abierto para reclamar justicia son los del genocidio nazi durante la Segunda Guerra Mundial, los miles y miles de muertos de la Guerra Civil española, las víctimas de la dictadura militar en Argentina, en Chile en

6 A estas preguntas responde la investigación del grupo de la Universidad Tecnológica dirigido por mi y en el que han participado mis estudiantes Marión Benavides, Raúl Gutiérrez y Líber Farley Álvarez.

7 Chaparro, Adolfo, 2002, “Cultura política y perdón”, en Rubén Sierra y Alfredo Gómez Muller (ed.) *La filosofía y la crisis colombiana*, Taurus, (Bogotá, Centro Editorial Universidad del Rosario).

centro América y finalmente Colombia. Pero la perspectiva de la memoria en Colombia introdujo elementos inéditos pues las masacres, los genocidios, las desapariciones se produjeron en un modelo político de apariencia democrático que involucró elementos novedosos como el fenómeno del narcotráfico.

Los testimonios

Varios escritores son los que en nuestro país se han interesado por escuchar la voz de las víctimas, entre ellos podemos nombrar a Arturo Álope, Germán Castro Caicedo, Alfredo Molano y otros que, a través del ejercicio periodístico y literario, recurren a la crónica, el relato, la entrevista, el reportaje o sencillamente a la historia de vida, es decir, formas que tienen que ver con un género escurridizo y difuso llamado testimonio. En los textos de estos escritores profesionales, se narran acontecimientos de la historia nacional que con el tiempo han ido adquiriendo nombre propio: el Holocausto del Palacio de Justicia, el genocidio contra los miembros de la Unión Patriótica, las acciones del cartel dirigido por Pablo Escobar. Pero otros acontecimientos, más anónimos y también de importancia significativa han cobrado autoridad: el drama cotidiano de los campesinos que para salvar sus vidas, emprenden la huída, dejando un patrimonio que les dota no sólo del sustento diario sino que define en gran medida su identidad: la tierra.

El testimonio del desplazado: la voz del escritor testigo

En una nación donde los más pobres padecen el analfabetismo y donde la oralidad es el medio para comunicar sus experiencias, tenemos que la incursión de los *escritores- testigos* se ha convertido en el recurso para el rescate de esas memorias.

La intención de Molano al igual que la de Castro Caycedo es realizar un acercamiento a los llamados *grandes hechos* colombianos y mostrar sus escombros, sus cicatrices, centrándose en un solo pueblo, una sola persona, permitiendo así realizar una lectura de la vida, de la guerra, del dolor por medio de la experiencia de sus fuentes. Lo anterior, recuerda la importancia que merece el cronista, que narra los acontecimientos sin distinguir entre los grandes y los pequeños, de allí que dé cuenta de una verdad: que nada de lo que una vez haya acontecido ha de darse por perdido para la historia.

El escritor testimonial es el cronista por excelencia, es él quien se atreve a buscar y mirar de frente el rostro y el sufrimiento de la víctima, poder contemplar su voz, sus palabras, su tono. El escritor- testigo busca en una persona, en un paisaje recóndito de la geografía colombiana, otras historias con las que pueda reconstruir mediante pequeñas narraciones, una muestra del sentir, pensar, actuar y decir de voces que no son usualmente escuchadas. Esta cercanía, aproximación e intimidad que el escritor testimonial genera con sus testigos o sus personajes de historias, se encuentra estrechamente vinculada a sus sensaciones. El disfrute de dejar hablar y escuchar al otro genera una común-uniión, en el que el

narrador intuye que existe una buena historia que merece ser contada, una historia cargada de experiencia.

El testimonio del secuestrado

Entre toda una serie de testimonios menciono dos: la víctima del secuestro y la víctima por su militancia política. El secuestro es una experiencia límite para quien lo padece. Cuando el secuestrado es medio para el intercambio entre dos fuerzas en pugna: el Estado (gobierno nacional) frente otro estado interno que le impugna y combate (la guerrilla) el secuestrado se hace medio, instrumento de presión, instrumento simbólico, pues quienes lo retienen consideran que en él se deposita la representación del enemigo: una clase social, el estamento gubernamental o militar quienes han sido, en el caso colombiano, los objetivos del secuestro político. El número representativo de figuras de gobierno, militares y policiales que han caído en manos de la guerrilla hizo que, a la vuelta de los años y luego de sus liberaciones, aparecieran toda una serie de testimonios que han puesto a las víctimas del secuestro por parte de la guerrilla como las depositarias emblemáticas de lo que sería la víctima de la violencia. Ese precisamente, es el momento en que el testimonio del secuestrado se convierte en un espacio de lucha ideológico. Espacio de lucha del que participan las instituciones que representa el secuestrado –clase política, gobierno, ejército, policía-, por el interés de los autores o editores de hacer del testimonio un elemento útil para comprender las dimensiones del conflicto y su barbarie, o de aportar en la conquista de la paz. Tenemos que, este tipo de textos tienen unos privilegios. ¿Se encuentran amparados desde él los intereses del gobierno y de los grandes medios de comunicación?

¿Qué elementos cuestionadores contiene el testimonio del secuestrado?: digamos que subsisten allí una serie de críticas a las condiciones en que sus captores los retuvieron, pero también habla de la responsabilidad de un gobierno y de un Estado en cuanto que por encima de sus derechos ciudadanos a la movilidad, prevalecieron criterios de corte más general, como la no negociación bajo presión con grupos terroristas. Si el Estado liberal moderno consagra la libertad del individuo, la persona secuestrada está por fuera del derecho y se encuentra suspendida en una prolongada situación de excepcionalidad.

El testimonio del militante

A principio del artículo anotamos el efecto que tuvo el desasimiento del llamado *socialismo real* en regiones del planeta donde buena parte de las utopías de una sociedad distinta al capitalismo se modularon desde el vocabulario de la revolución. Ser militante de izquierda o albergar la concepción de otro modelo de sociedad distinta a la democracia representativa del capitalismo podía implicar la aceptación de una *violencia revolucionaria* en determinados momentos, o llevaba a no aceptar el derecho que el Estado dominante aplicaba para regir a la sociedad. Desde la huelga general pasando

por la *combinación de todas las formas de lucha*⁸, encontramos hasta mediados de los ochenta en el mundo, un repertorio de prácticas anti-establecimiento que, fueron quedando sin aparente legitimación en un orbe que se unificaba alrededor de los valores individualistas, del mercado, o de la democracia parlamentaria. La izquierda colombiana recibió todo este impacto. La confusión, la necesidad de cambiar el lenguaje y las formas de confrontación se ejemplifican en la historia del movimiento político de la Unión Patriótica, grupo surgido de los acuerdos de paz entre el Estado y el movimiento guerrillero FARC. Igualmente los procesos de negociación y la entrada a la vida civil por medio de la desmovilización, los indultos para grupos guerrilleros como el M-19 y el PRT hablan de un nuevo panorama que intenta cristalizarse en la Constitución de 1991. Pero todos estos esfuerzos se confrontan con heridas antiguas, con temores de la derecha, con la relación de sectores anticomunistas enquistados al interior de las instituciones del Estado y grupos armados de justicia privada, que conquistan oportunidades en el río revuelto de un país inundado por la cultura ilegal de las mafias. El hito histórico de la toma del Palacio de Justicia a mediados de los años 80's, ofrece el panorama narrativo para que sobrevivientes, ex-guerrilleros y demás testigos del acontecimiento, se atrevan a hablar desde su experiencia personal.

El relato configura o constituye un tipo especial de territorio de experiencias sobre el que se asienta la temporalidad de la historia. El testimonio nos confronta con la pregunta ¿qué es aquello que de verdad resulta importante para contar? El testimonio nace de una interioridad que se encuentra lastimada, una voz que regresa con vida del lugar que nadie ha regresado con vida⁹. Quien testimonia es un testigo, un superviviente.

CONCLUSIONES

Tres clases de víctimas

La víctima desplazada, la víctima militante y la víctima secuestrada integran la trilogía que dio forma a este trabajo. Si la pregunta inicial fue ¿cómo emerge la víctima en los relatos testimoniales?, tenemos al finalizar algunas claridades. En el caso de los desplazados, la víctima emerge gracias a la sensibilidad de autores a quienes les duele el país. La vida particular, que se narra en el testimonio contiene o refleja una situación vivida por millones de colombianos. El desplazado emerge como ser resistente a las políticas del Estado-Nación. Esa resistencia se pone en movimiento por medio de los relatos de los cronistas que, como “traperos” recolectores de jirones de relatos, buscan en la oscura noche de la violencia colombiana, los indicios de esas verdades ocultas. Por eso en estos relatos, se hace evidente la intencionalidad de conectar la historia acaecida en un pequeño pueblo, con la historia del país.

8 La urgencia de combinar lucha parlamentaria con lucha armada, fue defendida hasta la década de los ochenta por el Partido Comunista de Colombia.

9 Está viva la polémica acerca del valor de verdad del testimonio que presenta la víctima. En el modelo de justicia dominante el testimonio de sufrimiento está viciado por la subjetividad.

En las voces de estos personajes, se revela un anacronismo fundamental, con respecto al tiempo de la modernización, al tiempo del Estado-Nación y del progreso. Ese anacronismo se evidencia en el léxico, en las descripciones de su vestido, en los lugares lejanos y exóticos que habitan, en su analfabetismo que se remonta a sus padres y abuelos. Esta anacronía crea una discontinuidad entre el tiempo de las víctimas y el tiempo de la modernización. Estos hombres del campo, de las riberas de los ríos, de la selva, se encuentran en un tiempo suspendido que, a pesar de no encajar en el tiempo de la modernización, no les hace débiles. Estos hombres y mujeres se construyen desde un contra-tiempo. El escritor testigo lo que hace es rescatar este contra-tiempo y hacer una contra-historia que da cuenta de la situación a la que fue abocado: hacerse moderno o perecer.

En el caso de la víctima-mártir se interpela al Estado y su concepción de aparente democracia. El Estado tiene responsabilidad con quienes han padecido por la violencia de sus instituciones represivas y el testimonio se convierte en memoria política que invita a la movilización contra ese poder. Es una experiencia de escritura que busca parentesco con otras experiencias de recordación como la argentina durante años setenta o Auschwitz. Es un testimonio que expresa una temporalidad otra, cimentada en un tiempo alternativo distinto al del Estado-Nación y que gobierna al del bipartidismo o de la economía de libre mercado. El genocidio, en el caso de la UP no se vive como una lección del pasado, no se trata de algo que fue cerrado; al contrario continúa sucediendo ¿Cómo se constituye entonces la idea de víctima en el militante? Se construye amarrando su experiencia, a los casos de violencias extremas como Auschwitz y el Cono Sur y construyendo un reclamo político en que ser víctima es algo por completo explícito.

La tercera víctima, la del secuestro, se convierte en la arista perfecta para colocar en tiempo presente las deudas que el proyecto del Estado-nación adquiere con sus ciudadanos. El olvido prolongado por parte de la sociedad o de los gobiernos en turno deja al secuestrado suspendido. Recibió los beneficios del Estado-Nación, pero al ser secuestrado, todo aquello se perdió entrando en una zona de suspensión, de cautivo en el tiempo anacrónico de la guerrilla. Quien fuera en algún momento un ciudadano ejemplar, termina siendo una figura entre la vida y la muerte, de la que apenas se tienen noticias de una vida suspendida, al borde de la borradura. Por eso, ante esa certeza prolongada de haber vivido en el olvido el relato del secuestrado se constituye a partir de la defensa de su *yoy* en un re-planteamiento de la relación del individuo con el Estado.

B

